

Josemaría Escrivá de Balaguer

Juan Pablo II beatificará el próximo 17 de mayo a Monseñor Escrivá de Balaguer y a Josefina Bakhita. Publicamos dos artículos sobre el primero dada la importancia de las iniciativas en el campo educativo del Opus Dei en España y otros muchos países.

Corría el año 1967. En el mes de junio realicé los exámenes propios al Curso Preuniversitario (actual C.O.U.) en la Universidad de Valencia. En mi cabeza bullía la inquietud de un joven que debía iniciar su carrera universitaria: ¿qué elegir?, ¿dónde estudiar?

No soy de los que piensan que la vida debe acomodarse a una planificación estricta, premeditada, como si lo venidero no fuera sino una natural consecuencia de una laboriosa investigación precisa, bien ponderada. Algo así como: no tiene usted otra salida, no le queda más remedio, si usted quiere ser algo en la vida, haga tal cosa, estudie tal carrera. Por eso, para mí contestar a aquellas preguntas no era sino dar un paso más, abrir un nuevo horizonte que me conduciría necesariamente, a nuevas preguntas.

Un buen día decidí —no sé exactamente cómo ni por qué— irme a Pamplona. Dejaba atrás un hogar lleno de cariño y una tierra amable y generosa. Naranjales, acequias, caminos rurales, una huerta «espesa e gran», al decir del Cantar del Mio Cid, habían impresionado mis retinas de adolescente. Y en medio de ese mundo barroco el trabajo duro de los hombres; constancia, finura, delicadeza y hasta mimo empaparon una tierra que devolvía con creces aquellos buenos detalles.

Aquel octubre fue soleado. El verano quiso prolongar su presencia hasta bien entrado el curso académico. No conocía la Universidad de Navarra. Mi llegada a Pamplona coincidió con una reunión multitudinaria. Se celebraba la VII Asamblea de la Asociación de Amigos de la Universidad de Navarra. Un sacerdote celebraba la Santa Misa en un altar improvisado en medio de la explanada del campus. Escuché con atención su homilía. Decía cosas con mucho sentido común, pero que, paradójicamente, hasta entonces no había escuchado: «Dios os llama a servirle y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida ordinaria: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el



El fundador del Opus Dei dirigiéndose a un grupo de estudiantes.

inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno descubrir... No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca»¹.

Me entró curiosidad. ¿Quién es? —pregunté—. Don Josemaría Escrivá de Balaguer, me contestaron. La curiosidad me llevó a indagar su trayectoria. Comencé entonces a entender por qué aquella institución universitaria existía. Sencillamente había que formar personas que lucharan por poner a Cristo en

la cumbre de todas las actividades humanas. Pero, ¿cómo hacer esto dentro de la Universidad?, ¿no estaría en colisión este objetivo con la sustancia que anima el alma mater universitaria?, ¿dónde quedaría lo propio de una institución de enseñanza superior —su capacidad crítica, la reflexión— si sus protagonistas se plegaban, dócilmente, al dictado de una determinada visión del mundo por muy digna que fuera? Todas estas preguntas y otras parecidas rondaban mi mente. Seguí indagando.

Don Josemaría había dicho en cierta ocasión que «la Universidad debe contribuir desde una posición de primera importancia al progreso humano.

Como los problemas planteados en la vida de los pueblos son múltiples y complejos —espirituales, culturales, sociales, económicos, etc.—, la formación que debe impartir la Universidad ha de abarcar todos estos aspectos. No basta el deseo de querer trabajar por el bien común; el camino, para que este deseo sea eficaz, es formar hombres y mujeres capaces de conseguir una buena preparación, y capaces de dar a los demás el fruto de esa plenitud que han alcanzado»².

Más tarde volvió a insistir en esa misma línea: «La Universidad no debe formar hombres que luego consuman egoístamente los beneficios alcanza-

IR A ALGUNA PARTE

Después de haber aguantado la perorata de un teórico del anarquismo que no deja hablar al interlocutor, decía G. K. Chesterton que tomó un autobús desde el que vio una vez más Marble Arch. Le pareció un símbolo macizo de algunas mentalidades: una puerta que no conduce a ninguna casa; la puerta gigantesca de Ninguna Parte. Cabría afirmar esto mismo de la Puerta de Alcalá, pero no puede decirse de un establecimiento docente, porque un centro de enseñanza siempre conduce a Alguna Parte.

He recordado a Chesterton y a Marble Arch porque durante estos últimos meses, cerca ya de una fecha importante en el proceso de canonización de Josemaría Escrivá, se han hecho públicos muchos detalles de su personalidad, de su vida. A lo que se ha dicho o escrito, puedo añadir cómo el Fundador del Opus Dei inspiró la creación de un montón de centros educativos: primero aquí, en su tierra; después, en otros muchos países.

El tenía clara la cuestión desde 1928. Sabía que la Obra que fundó secundando el querer de Dios, no habría de tener como finalidad exclusiva la creación de centros docentes. Afirmaba desde entonces que las labores que emprenderían con el correr del tiempo los miembros del Opus Dei, habían de ser como un mar sin orillas. Sólo se dedicarían a enseñar quienes tuvieran los títulos necesarios y vocación profesional a la docencia.

La primera solicitud de que sus hijos se hicieran cargo de un centro educativo, llegó de un grupo de familias de la margen derecha de la Ría de Bilbao. Accedió a lo que deseaban, y nació la primera labor corporativa del Opus Dei en el ámbito de la enseñanza. Se llamó Gaztelueta, toponímico vasco que significa «lugar del castillo». Se inauguraba el día 15 de octubre de 1951. Tiene ahora, por tanto, cuarenta años cumplidos.

Viví de modo muy intenso la aventura de los diez primeros cursos de Gaztelueta. Por eso sé bien que él, desde Roma, donde residía, seguía con atención, con mucho cariño, nuestro quehacer diario durante aquellos años: afanes y contrariedades, ilusiones, obstáculos, logros... y propósitos. El pensaba que a Gaztelueta seguirían otros

centros, que querrían tener igual inspiración y aliento.

¿Qué directrices dio a los nueve licenciados del primer equipo docente de Gaztelueta? Pocas. Pero suficientes: teníamos que lograr que los chicos se sintieran libres, que fueran sinceros, que actuaran con convicción, que no hubiera castigo...; que se encontraran en Gaztelueta como en su casa, contentos. En particular, resultó entonces llamativo para algunos que no hubiera actos de piedad obligatorios.

También quería que trabajáramos muy al lado de los padres de los alumnos. En diciembre de 1951 nos escribió una larga carta manuscrita para felicitarnos las Pascuas. Allí nos decía que «el Colegio son los niños, y los padres de los niños, y los profesores, en unidad de intenciones y sacrificios gustosos».

Unos años después de nacer Gaztelueta, comenzaba en Vallecas, también con su inspiración otra labor docente del Opus Dei; y, algo más tarde, otros dos en Barcelona, y otro más en Madrid: Tajamar, Viaró, Xaloc, Retamar... A la vez, desde mediados de la década de los sesenta, él animó a un número creciente de padres de familia a unir esfuerzos y crear centros docentes para sus hijos y sus hijos. Y estos centros fueron naciendo en muchas ciudades de éste y otros muchos países. Los colegios de iniciativa social que deben su origen al impulso del Fundador del Opus Dei, se cuentan ya por docenas y no sólo en España sino en varios países de Europa y en casi todos los de América del Norte y del Sur.

Por la puerta que es cada uno de estos centros han ido pasando generaciones de profesores y de alumnos. Algunos de éstos, andando el tiempo, han cerrado el ciclo incorporándose a los claustros docentes del centro donde comenzaron sus estudios. Todos han tenido la posibilidad de sentir, a la vez que se respetaba su libertad, que la puerta por la que estaban pasando conducía a Alguna Parte.

ISIDORO RASINES LINARES
Doctor en Ciencias Químicas
Miembro de la Real Academia de Farmacia
Investigador del C.S.I.C.

dos con sus estudios, debe prepararles para una tarea de generosa ayuda al prójimo, de fraternidad cristiana»³.

Me di cuenta de que todo aquello no era tan sólo una teoría. Unas frases encadenadas con lógica no son suficientes para que intelectuales de muy diversa procedencia implicaran su vida en seguir aquella «espiritualidad». El pensamiento de Don Josemaría tenía, por tanto, algo que suponía una decisión vital. No era posible separar la vida profesional y la de relación con Dios. «Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede



haber una doble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y esa es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales»⁴.

Don Josemaría miró con especial cariño a los docentes. El ejerció como profesor en la Escuela Oficial de Periodismo. Son muy conocidas las numerosas iniciativas que bajo su impulso, dieron como resultado instituciones y programas educativos. Por lo que se refiere a la Universidad, su interés se concretó en la creación de una institución de ese rango. La Universidad de Navarra nació en 1952. Su razón de ser no era otra que «dar vida a una institución universitaria, en la que cuajaran los ideales culturales y apostólicos de un grupo de profesores que sentían con hondura el quehacer docente. Aspiraban entonces —y aspira ahora— a contribuir, codo con codo con las demás universidades, a solucionar un grave problema educativo: el de España y el de otros muchos países, que necesitan hombres bien preparados para construir una sociedad más justa»⁵.

Más tarde se unieron otras como las Universidades de Piura (Perú), Panamericana (México), La Sabana (Colombia), Los Andes (Chile)... La creación de universidades propias no agotaba las energías de aquel planteamiento vital al que antes aludimos. El aislamiento en ellas de quienes participaban de la misma ilusión que Don Josemaría hubiera traicionado la verdad profunda del mensaje, hecho clave y radical no era institucional, sino personal.

Resultaba, por tanto, que la verdadera revolución comenzaba por uno mismo y, sin ruidos ni montajes, el ambiente propio quedaba, poco a poco, impregnado de nuevo vigor, de auténticas ganas de vivir, a fondo, el cristianismo. Por tanto, no podía extrañar a un universitario ser cada vez más reflexivo, crítico y profundo en su pensamiento y, al mismo tiempo, buscar con afán la cercanía de Dios en su trabajo. Más bien, era lo normal.

En lo cotidiano, parecía radicar la clave de la coherencia profunda de una vida. En efecto, la vida, mi vida, se sucedía sin aparentes sobresaltos. De vez en cuando, hechos de mayor relevancia para mí marcaban hitos importantes. En la Universidad cada día se nos piden dos cosas esenciales e imprescindibles: enseñar e investigar. En ambas tareas la honradez de un verdadero intelectual le lleva a decir y buscar la verdad. Y eso es lo habitual, no lo excepcional. Por eso resultaba coherente que Don Josemaría insistiera, una y otra vez, en la atención a lo cotidiano.

A mí esa nueva percepción me obligaba a permanecer en constante alerta con la atención puesta en mi trabajo y al mismo tiempo, con el corazón abierto a la mirada divina. Dios me acompañaba, sentía su participación en aquello que, sin notable estridencia, cada día hacía. El estaba metido en mi vida. Jamás lo puede haber pensado.

JOSE SANCHO COMINS
Cat. de Análisis Geog. Regional
Universidad de Alcalá de Henares

¹ Homilía Amar al mundo apasionadamente. Pronunciada el 8-X-67. Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer, n.º 114, XVI ed., Ed. Rialp, Madrid, 1988.

² Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Entrevista realizada por Andrés Garrigó, n.º 73. Publicada en Gaceta Universitaria el 5-X-67.

³ id. op. cit., n.º 75.

⁴ Homilía Amar al mundo apasionadamente. 8-X-67. Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer.

⁵ Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer. Entrevista realizada por Andrés Garrigó, n.º 82. Publicada en Gaceta Universitaria el 5-X-67.

HIARES DIAPOSITIVAS

VIDEO



PREESCOLAR

EGB-BUP
Formación Profesional
Universidad



Solicite el envío
gratuito
de nuestro CATALOGO

CEREZOS, 14 (Edificio HIARES)
APARTADO 25
Tels.: 654 59 32 - 652 35 98
28700-San Sebastián de los Reyes
(Madrid)